

«Annual supuso el derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla»



10 febrero

Abordar el análisis de uno de los períodos críticos de nuestra historia reciente requiere de una mirada experta que aúne el rigor del historiador, la perspectiva estratégica del militar y un conocimiento profundo de ambas orillas del Estrecho.

Para ayudarnos a comprender esta etapa de incertidumbre y redefinición de la política española en Marruecos que siguió al Desastre de Annual, tenemos la suerte de contar hoy con una voz privilegiada y autorizada en la materia, el coronel de Artillería DEM (Reserva) don Fernando Caballero Echevarría.

El coronel Caballero no es un observador lejano de esta historia. Su vinculación con los escenarios de aquella crisis es vital y temprana. La lectura de las memorias de su bisabuelo y de su abuelo, ambos oficiales africanistas, despertó su pasión por Marruecos. Hijo de un militar destinado más de una

década en Melilla, recorrió de niño y a lo largo de su juventud los antiguos teatros de operaciones que nos ocupan. Más tarde, como oficial, sirvió en la misma plaza, pisando el terreno donde se decidió el destino de la Comandancia General de Melilla.

Pero su aportación crucial va más allá de la vivencia personal. Es el autor de la tesis doctoral «Análisis del Intervencionismo español en Marruecos, 1898-1927», una investigación que disecciona con precisión académica las causas, desarrollos y consecuencias de este período.

Su expertise se ve enriquecida por una doble perspectiva única. Como oficial de Inteligencia del Estado Mayor de la Defensa, en el análisis de conflictos y en la evaluación y la planificación propia de estos escenarios. También es graduado del Curso Superior de la Defensa de Marruecos en Kenitra, lo que le otorga una comprensión interna de la visión marroquí, esencial para entender la compleja dinámica bilateral.

A esta autoridad intelectual se suma una experiencia como oficial de inteligencia en algunos de los teatros más complejos del mundo, como Bosnia, Kosovo, Líbano, Afganistán, Yibuti o Malí. Es, además, autor de numerosas publicaciones, entre las que destacamos, por el tema que nos ocupa, «Annual, factores que confluyen en un desastre militar».

Es, en definitiva, el interlocutor ideal para guiarnos en un análisis que va más allá de la anécdota histórica y que se adentra en el corazón de una crisis que marcó el siglo XX español.

Coronel Caballero, bienvenido y muchas gracias por acompañarnos para arrojar luz sobre este período tan interesante y decisivo.

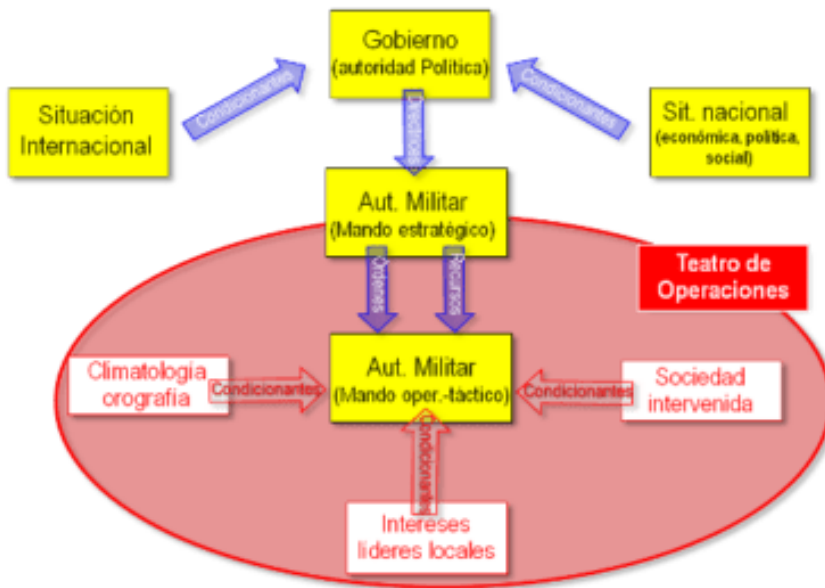
Antes de entrar en materia y teniendo en cuenta la complejidad del momento histórico, así como la abundancia de tópicos en torno a este periodo. Para ayudarnos a comprender la magnitud de los desafíos que enfrentaba España, ¿podría sintetizar los factores que hacen de este momento un escenario tan complejo?

En esta primera cuestión, y en referencia a esos tópicos que mencionas, trataré resolver uno de ellos, el que apunta las razones de España para intervenir en Marruecos. Las habitualmente difundidas se relacionan con intereses particulares de clase: bien el de los militares por desarrollar importantes carreras, o el de la oligarquía financiera empresarial por obtener pingües beneficios. Y ello a costa de la sangre de los soldados españoles. Tesis simplistas, con una gran carga ideológica que, difundidas con meditado cálculo político, carecen de cualquier soporte historiográfico. Pues bien, trataremos de presentar lo lejos que se encuentran de la realidad.

El conflicto se puede definir como un enfrentamiento entre las voluntades de dos actores (ya sean estatales o grupos armados). Así, un análisis riguroso de cualquier conflicto requiere, en primer lugar, estudiar los actores enfrentados (motivaciones, intereses, capacidades militares...). Pero también se deben contemplar otros factores, que interactúan condicionando la toma de las decisiones militares, antes y durante el desarrollo de una intervención armada concreta en un escenario internacional dado. Y en el tema que nos ocupa, esto no fue una excepción.

En general, esos factores abarcan desde el contexto político, internacional y nacional; a la situación económica y social derivada del mismo, todo ello influye en las directrices diplomáticas y político-estratégicas que, dirigidas a los mandos militares de máximo nivel, afectan a quienes, sobre el terreno, desarrollan las operaciones militares. En definitiva, se trata de comprender la inferencia de la política global y nacional; así como la situación económica y

social, en la toma de decisiones militares en un teatro de operaciones definido y concreto.



Coronel Fernando Caballero

El complejo momento histórico que tratamos resulta ideal para realizar este tipo de estudios polemológicos. El cambio de siglo XIX al XX resultó caótico en todos los ámbitos. Entonces, el mundo estaba inmerso en la segunda revolución industrial, que trajo enormes avances en todos los órdenes y una nueva articulación del sistema global de relaciones. Asoma entonces el «primer proceso de globalización», cuando el mundo se hizo más pequeño, lo que facilitó a las grandes potencias intervenir en cualquier parte del orbe.

Todo ello llevó a la primera revolución de los asuntos militares (RAM), por una evolución del armamento sin precedentes: mejoras en el alcance, precisión y cadencia de tiro del fusil y de la artillería. Los ejércitos incorporaron la ametralladora, el automóvil, el carro de combate, el portaviones, el submarino y el aeroplano. Ello, unido a las mejoras del mando y control, por empleo de las telecomunicaciones, expandió extraordinariamente los campos de batalla y revolucionó la forma de hacer la guerra.

En el ámbito civil, los avances tecnológicos aceleraron los procesos industriales, lo que llevó al nacimiento de dos movimientos antagónicos interconectados: el imperialismo (o colonialismo), por la necesidad de las naciones industrializadas de acceder a nuevas fuentes de materias primas; y los movimientos sociales que, impulsados por la Internacional Socialista, nacerán en defensa del obrero y el campesino, para hacer frente a las nuevas oligarquías político-económico-empresariales, no dudando en el uso desmedido de la violencia (terrorismo, huelgas generales revolucionarias...) para imponer sus tesis. La conexión entre ambos la definió, en una sola frase, el empresario y político británico Cecil Rhodes en 1895: «el imperio es una cosa del estómago. Si no queréis la guerra civil tenéis que convertirlos en imperialistas».

En el ámbito internacional, las «jóvenes» y enérgicas potencias emergentes, inmersas en importantes procesos de industrialización (como EEUU, Alemania o Japón) se abrirán paso a codazos en el nuevo orden global que se estaba configurando. En suma, el final del siglo XIX supuso el ocaso de un esquema y el inicio de otro; al mutar de un sistema de potencias europeas a otro regido por potencias globales tecnológicamente avanzadas.

La industrialización exigió a las potencias emergentes colonizar nuevos territorios, para asegurar su creciente capacidad productiva, buscando materias primas y minerales estratégicos (hierro y carbón). Así, durante la primera década del Imperialismo (1895-1905), la teoría del «poder naval», difundida por Mahan y Colomb, dominó el pensamiento estratégico, preconizando la superioridad de los imperios marítimos. Ahora, la consideración de gran potencia exigía, además de los tradicionales factores de población, superficie y potencial económico, capacidad tecnológica y, sobre todo, disponer de una importante Marina de guerra.

Este proceso de expansión requerirá nuevas formas en las relaciones diplomáticas, como los acuerdos secretos, que obligarán a políticas exteriores claras, y a una gran preparación y agilidad de los embajadores y agentes consulares, para desarrollarlas. Y en el ámbito militar, como un aspecto más de la RAM, implicará una nueva forma de hacer la guerra. Se denominó «guerra irregular», y estuvo marcada por los enfrentamientos con un enemigo no convencional (grupos armados irregulares), que no actuaba de acuerdo con los protocolos tradicionales (lo que popularmente se conoce como «guerra de guerrillas»).

En ese mundo de cambios trepidantes y profundos en todos los órdenes, gran parte de los obsoletos sistemas políticos europeos, como el de la Restauración en España, tendrán serios problemas para adaptarse, al tener que adoptar nuevos mecanismos económico, políticos, diplomáticos, militares.... Todo ello para evitar la violencia social esgrimida por los movimientos obreros y campesinos, que amenazaban la supervivencia de los estados, y que, en España, por sus particularidades, encontraron un campo abonado para su eclosión.

Esta particularidad nacional dificultaría la activación de nuevas capacidades y mecanismos diplomáticos y militares necesarios para desarrollar una política exterior coherente, decidida y acorde con los intereses nacionales, y cualquier intervención militar exterior dimensionada a las necesidades fuese cual fuese el escenario.

En el siglo XIX, los principales asuntos internacionales se habían centrado en América, con los procesos de emancipación americana (EEUU y repúblicas ibero americanas); y en Europa, con la aparición de nuevos estados (Alemania e Italia). A finales del siglo, las miradas se volverán a África, como fuente de recursos inagotables, que será el teatro de confrontación de los intereses de

las potencias. Y en particular Marruecos, como la puerta de entrada al continente.

Así, la agresiva acción diplomática británica se encontró con la oposición de Alemania, que veía peligrar sus intereses en Marruecos, lo que llevó a la celebración de la Conferencia de Madrid (1880). El hecho constituía una clara llamada a la implicación de España en el asunto. Pero, además, en el cambio de siglo dos nuevos conflictos anunciarían definitivamente un nuevo orden internacional: la guerra hispanoamericana (1898); y la ruso-japonesa (1905). EEUU y Japón se sumaban así a Alemania como nuevos actores globales.

A partir de 1900 el asunto marroquí protagonizó, casi con exclusividad, las portadas de la prensa internacional. En cierto modo, España se vio forzada a intervenir, por los intereses enfrentados de Gran Bretaña, que no deseaba a una potencia de primer orden posicionada al otro lado del estrecho de Gibraltar; y Francia, empeñada en crear un gran imperio norteafricano. Ello, ante la atenta mirada de Alemania, que pugnaba por hacerse un sitio como potencia global y que, inmersa en pleno proceso de expansión industrial, velará por sus intereses económicos, considerando África en general, y Marruecos en particular, como el territorio ideal para asentar su empresariado y sus excedentes poblacionales.

Jover Zamora presenta las características de la política exterior española en ese complejo contexto, y sus debilidades para acometer una empresa como la intervención en Marruecos, que exigía la contribución de todas las energías nacionales. De esta forma, en los albores del siglo XX, España, considerada como un actor fundamental en Marruecos por las potencias, con uno u otro rol, fue empujada a intervenir en ese territorio.

Fuese como fuese, a partir de entonces la intervención española en Marruecos, diplomática o militar, contará siempre con la presión de Francia, su indiferencia, cuando no con su abierta oposición; y con un escrupuloso seguimiento de británicos y germanos, para evitar que los galos asumieran la acción en los territorios atribuidos a España. Así fue como, a principios del siglo XX, la política exterior española se vio orientada, con exclusividad, al asunto de Marruecos.

La oposición a la intervención en Marruecos contaría desde sus inicios con una parte importante de la opinión pública española, de los partidos y grupos políticos de nuevo cuño (socialistas, anarquistas, regionalistas...) y de su prensa asociada, argumentando, no sin razón, que el peso de la intervención recaía sobre las clases más desfavorecidas, que mayoritariamente nutrían las filas del Ejército.

Estos grupos político-sociales vieron en este hecho una oportunidad para, como se había hecho en Rusia en 1917, espolear a la población con el fin último de derrocar a la monarquía, base del sistema de la Restauración. Así, en los primeros años del siglo XX, la propaganda anti-intervencionista ya había calado hondo en la opinión pública, despertando un sentimiento, casi general, que recoge el periodista Gómez Hidalgo, en 1921: «El soldado y el pueblo sienten repugnancia a la guerra en Marruecos».

Solo un ejemplo para entender el peso de la cuestión marroquí en la capacidad de movilización de las masas populares contra el Gobierno. El día 9 de junio de 1909, cuando se difundieron los rumores sobre el inicio de la campaña de Melilla, se publicó un artículo en *La correspondencia*, firmado por Juan de Aragón, el título: *Ir a Marruecos es ir a la revolución*.

Sin embargo, una parte de la clase política española, y el propio monarca, vieron en ello, una forma de regeneracionismo patrio, buscando paliar la despreocupación por los asuntos internacionales, que dominó la política exterior española durante todo siglo XIX; y como un medio para recuperar el prestigio internacional perdido tras la derrota sufrida en la guerra hispano-americana (1898), y ocupar un sitio, fuese el que fuese, en el nuevo orden global.

Esta tendencia en política internacional estuvo en la mente de los primeros políticos de la Restauración monárquica (1874), cuando, según recoge Rubio, en 1877, Cánovas, considerando que «podía iniciar una política exterior con personalidad en el escenario europeo», definió como objetivo prioritario del nuevo régimen salir del «grave aislamiento», centrándose, de acuerdo con lo que afirma Garrigues, en «convertir a España en una potencia destacada en el extremo noroccidental de África».

Ello tenía mucho que ver con levantar el espíritu nacional, tremendamente decaído tras la pérdida de los últimos territorios ultramarinos. Se trataba de recuperar aquellos valores de «universalidad y altruismo» que adornaron la labor hispana en América. Un modelo que causó el orgullo nacional, y asombro y la envidia del mundo. En este sentido, para los regeneracionistas españoles, la intervención en Marruecos buscaba llevar a aquellos territorios, dominados por la inseguridad y la barbarie, los valores de la civilización.

Así lo había declarado Alfonso XII en 1877, cuando en la reunión constitutiva de la *Asociación española para la Exploración de África*, llamó a retomar el testamento de Isabel la Católica en lo que a la acción africana se refería, pero aclaraba: «aunque sólo se trate ahora de la conquista de la ciencia, de la civilización y del comercio».

Hoy, en un mundo dominado por la materialidad en el que los valores morales y espirituales cuentan con un muy escaso sentido, resulta difícil comprender aquella postura. Por ello, muchos la atribuyen a una absurda pretensión de unos pocos viejos y caducos políticos, nostálgicos de las glorias pasadas. Sin embargo, a principios de siglo XX, la métrica del espíritu nacional resultaba aún trascendente.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Además de estos aspectos de orden moral o espiritual, los intervencionistas españoles, con un sentido más práctico, también consideraron otros. En el orden geoestratégico, contemplaron la trascendencia del asunto para la seguridad nacional. Una dimensión que muchos siglos antes ya había sido considerada, cuando tras la muerte de la reina Isabel, el rey Fernando, siguiendo el mandato postrero de su esposa, extendió una Real Cédula, firmada en Segovia, en junio de 1507, ordenando al corregidor de Jerez, formar una Armada «para la guarda del estrecho y para la seguridad del Reino de Granada fasta Valencia».

Esta preocupación por la seguridad respecto a los acontecimientos en África se retomó en el último cuarto del siglo XIX y se acentuó particularmente a partir de 1899, cuando Francia comenzó a mostrar a las claras su interés por

ocupar Marruecos, avanzando descaradamente desde Argelia, y ocupando El Tuat, en la misma latitud que el archipiélago canario; y posicionando sus bases argelinas en la misma frontera marroquí (Ain Sefra y Colon Bechar), amenazando Uxda, Tendirara y Tafilet.

Pues bien, en esa situación algunos hombres de estado en España percibieron el riesgo de que nuestra nación quedara «ensanwichada» por Francia, situada por el norte al otro lado de los Pirineos; mientras que, por el sur, se establecería en la ribera marroquí del estrecho; y, además, con sus avances por el sur se posicionaría frente a las Canarias, lo que constituía una seria amenaza para el archipiélago.

Fue por ello que en todos los foros, a pesar de su debilidad diplomática, España reclamó sus derechos históricos en dos regiones: en el norte marroquí, buscando conseguir un colchón de seguridad para el territorio peninsular, los enclaves de soberanía española y las Baleares, bastaba con una estrecha franja en las proximidades de los «presidios»; mientras que en el sur marroquí, con el mismo fin pero ahora referido a su territorio insular, trataría de posicionarse en el territorio frente a las Canarias (Sidi Ifni; así como en Sakia al Hamra y Rio del Oro, que años después constituirían el Sahara Occidental español.

Por último, no se deben olvidar los intereses económicos-empresariales. Es cierto que los primeros africanistas españoles, allá por el último cuarto del siglo XIX, hacen escasa mención a este aspecto, posiblemente por la debilidad del tejido económico-empresarial nacional y sus escasas capacidades de expansión. En esos años, solo se hablaba de la posibilidad de «fundar establecimientos de pesquerías españolas canario-africanas, en la costa».

Sin embargo, también es cierto que a partir del establecimiento del Protectorado (1912), cuando se conocieron más detalles sobre el territorio asignado a España y, por tanto, sobre los recursos que atesoraba, numerosos personajes del mundo empresarial y político, participaron, particularmente en el negocio de la minería. Por tanto, no fue ésta una razón para la intervención en Marruecos, sino más bien una consecuencia de la misma.

Los primeros movimientos de España en el siglo XX para acometer su obra en Marruecos comienzan en 1900 con la firma de un acuerdo secreto con Francia, aunque no será hasta 1912 cuando Madrid firme los acuerdos definitivos con París, con la aquiescencia de Marruecos y el beneplácito de Inglaterra y Alemania.

En 1906 se celebró la conferencia de Algeciras, en la que participaron trece países, incluido el propio Marruecos, que certificó la necesidad de un Protectorado internacional. Además, el conocido como «problema marroquí» se constituyó en un arma arrojadiza que, en manos de los partidos políticos que configuraban el propio sistema de la Restauración, sirvió para derribar a sus contrarios.

Como dato, significar que en los once años que van desde 1912, cuando se firman los acuerdos del protectorado, a 1923, cuando llega el poder el Directorio del general Primo de Rivera, se sucederán hasta 21 gobiernos, con una media de seis meses por gabinete. Señalar que muchas de las caídas de los gabinetes se encontraron relacionadas, directa o indirectamente, con decisiones o acciones políticas, diplomáticas o militares relacionadas con Marruecos.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

La falta de preparación de la clase política española de entonces para afrontar todos esos retos, y la presión interna, llevará a España a adoptar una política vacilante, que se manifestará en el desarrollo de las operaciones militares. Era un momento en el que se requerían políticas de estado claras y de largo plazo, para poder acometer simultáneamente los drásticos cambios que se estaban experimentando, en todos los órdenes. Sin embargo, la política exterior española se acometerá tímidamente por los gobiernos que, temiendo por su supervivencia, y sujetos a la presión internacional, de exigencia del cumplimiento de los acuerdos adquiridos, mirarán de reojo a la opinión pública interna.

A estas dificultades, que sin duda se manifestarían en las operaciones militares, hay que sumar las particularidades del Estado «protegido», por su complejidad de todos los órdenes (político, étnico, social, cultural, religiosa, lingüística...), del caso que nos ocupa. El fragmentado Marruecos «cuasi feudal» de inicios del Siglo XX, podía considerarse lo que hoy se denomina un «estado fallido», con grandes zonas del territorio habitadas por cabilas bereberes formidablemente armadas e insumisas a la autoridad del Sultán (Majzén).

La zona española resultaba una estrecha franja costera de 19.600 Km², abarcando algo más de 400 kilómetros de este a oeste y un ancho medio de 50 entre el límite meridional y la costa. El terreno, en general, era áspero e improductivo, y estaba habitado a principios del siglo XX por unas 600.000 almas, que se agrupaban en 71 cabilas, en su mayoría bereberes, divididas en 285 fracciones que constituían la unidad política superior en la organización social rifeña.

En una aproximación bastante grosera, nuestra zona se dividía a su vez en otras dos, claramente diferenciadas: la Yebala, más arabizada; y el Rif, totalmente bereber. En el centro del territorio, la cabila de Targuist actuaba como frontera lingüístico-cultural. Aquí viene al caso apuntar que uno de los errores de la intervención fue tratar el territorio del Protectorado español como si se tratase de un todo administrativo, político y cultural.

En este territorio existían unos 100.000 hombres armados, de los que más de 80.000 no acataban la autoridad del Sultán, y estaban habituados a la guerra contra vecinos, otras fracciones, otras cabilas, o contra cualquier intento foráneo de implantar una autoridad extraña, bien fuese el Majzén o europea.



Fuente: Fernando Caballero

Especialmente violentos resultaban los habitantes del Rif central, en la Bahía de Alhucemas. Localizados en el mismo corazón del territorio, se puede asegurar que constituían el máximo exponente de las cabilas insometidas, por su celo extremo en salvaguardar su forma de vida y por su ferocidad, fanatismo

y violencia intrínseca; probablemente se trataba de la región mejor armada de toda el África.

Para complicarlo aún más, el territorio de nuestra zona de Protectorado revestía una gran complejidad orográfica y climatológica, particularmente en el Rif central. A ello se sumaba la beligerancia, pobreza e incultura, y, por tanto, la «sugestionabilidad», de sus gentes, fácilmente movilizables en caso de la existencia de un líder buen conocedor de su idiosincrasia y sus motivaciones.

Todo ello condicionó de forma extraordinaria la organización y preparación de la fuerza militar para acometer la misión y dificultó en grado extremo la toma de decisión y el planeamiento en los niveles de decisión operacional y táctico, es decir, la conducción de las operaciones por el mando militar en el teatro de operaciones.

Más aún cuando en el propio teatro de operaciones existían «factores distorsionantes», como fueron los intereses empresariales (explotaciones mineras), con un deseo mutuo de los empresarios (españoles o extranjeros) y los líderes locales (señores de la guerra), de disfrutar de un enriquecimiento rápido, a cualquier precio.

Entendamos así que si el escenario nacional (oposición social, limitaciones políticas y económicas para el empleo de la fuerza militar...) y el de operaciones (funcionamiento y estructura de las cabilas, impacto de los intereses mineros en las operaciones...) resulta bien conocido por el «líder de una fuerza hostil», la actuación militar se complica aún mucho más.

Este fue el caso de Abdelkrim, líder rifeño que en junio de 1920 se levantó en rebeldía contra el Sultán, y por tanto contra España. Este enigmático sujeto,

contaba con formación en el centro de estudios coránicos de Fez; además trabajó para España, en Melilla unos once años. Y no solo en la paz sino también en varios conflictos, resultando condecorado con dos cruces al mérito militar -una de ellas con distintivo rojo pensionada (acción de guerra)-, concedidas por el Ministerio de la Guerra; y la Cruz de Isabel la Católica, que le otorgó el Ministerio de Estado.

Y no lo hizo desde cualquier puesto. Abdelkrim trabajó para la administración española, ni más ni menos, que en la Oficina Central de Asuntos Indígenas de Melilla -organismo dedicado a establecer la política de cabilas, con dependencia directa del Ministerio de Estado-, donde llegó a ocupar el puesto de Secretario. Ejerció como redactor jefe de la Sección Árabe de *El Telegrama del Rif*, rotativo local de Melilla; y además impartió clases de «cheldja», desde la cátedra de la Academia de Árabe de Melilla al personal civil y militar de la administración del Protectorado.

En resumen, un perfecto conocedor no solo de la idiosincrasia rifeña y de la actitud de las cabilas, sino también de la política internacional y de la situación política y social en España; y, sobre todo de las «miserias» del ejército del protectorado.

Todos los factores descritos influyeron en tres aspectos fundamentales de la intervención española en Marruecos: el concepto político de la intervención; la organización de la estructura de mando político estratégica para la dirección de las operaciones; y en la organización, preparación y empleo de la fuerza para acometer la misión. Aspectos que nos introducen en la contestación de la siguiente pregunta.

El verano de 1921 supone un punto de inflexión. Desde su perspectiva ¿cuáles eran los principales signos de la debilidad estructural de la Comandancia General de Melilla (COMGEMEL) antes del desastre de Annual? ¿Se subestimó la capacidad de Abdelkrim y las cabilas rifeñas?

Yo detallaría aún más el momento de inflexión, datándolo exactamente en el 1 de junio de 1921, fecha de la caída de la posición de Monte Abarrán. Las decisiones tomadas a partir de ese día por Abdelkrim y Silvestre, condicionarán los hechos posteriores, y, finalmente, llevarán el derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla (COMGEMEL).

Así, la pregunta la centraremos primero apuntando los problemas estructurales relacionados con toda la zona del Protectorado. Después, tomando esa fecha como referencia, detallando como repercutieron esos aspectos en la zona de Melilla, considerando tres períodos: El que va desde el inicio de las operaciones en la zona oriental (agosto 1920), hasta la ocupación de Annual, 16 de enero de 1921. Posteriormente desde esa fecha hasta el 1 de junio, con la ocupación de Monte Abarrán; y finalmente el que se prolongará desde ese día hasta el 22 julio, cuando se produce el repliegue de Annual sobre Ben Tieb-Dar Drius.

Conocer la debilidad estructural de una organización militar requiere analizar las decisiones políticas que definen la misión encomendada, el concepto de la campaña y las limitaciones del mando político-estratégico para el desarrollo de las operaciones y, por supuesto, el enemigo en presencia y el área específica del teatro de operaciones en la que se desarrolla la acción militar.

Anticipar que en los tres periodos señalados las directrices y limitaciones impuestas por el nivel político estratégico se mantuvieron invariables; mientras que el enemigo y el escenario fueron mutando con el desarrollo de los acontecimientos.

Entrando ya en materia, cuando en 1914 estalló la I Guerra Mundial, España se declaró neutral y detuvo las operaciones en el Protectorado. Finalizado el conflicto, en noviembre de 1918, el conde de Romanones, presidente del Consejo de Ministros, visitó París, y volvió con la imposición de cumplir el compromiso de pacificar toda la zona de Protectorado español, en caso contrario lo haría Francia. De esta forma, a finales de 1918 el Gobierno se vio obligado a acometer decididamente las operaciones en Marruecos. Y es en esas fechas cuando se encargó al ministro de la Guerra, general Dámaso Berenguer elaborar un plan de pacificación.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

En esencia, éste consistía en pacificar el territorio, partiendo desde el oeste con las fuerzas de Ceuta y Larache; y desde del este con las de Melilla, para confluir en la cabila de Beni Urriaguel, en la Bahía de Alhucemas. Un plan que se habría de desarrollar con extrema prudencia, pues la situación político-social no aconsejaba el desarrollo de operaciones militares.

La revolución bolchevique, en Rusia, en octubre de 1917, supuso el espaldarazo para el socialismo en todo el mundo, y en especial en España, donde protagonizaron la conocida como «crisis de 1917». En concreto la huelga revolucionaria (agosto, 1917), trajo violentos disturbios en Barcelona, Madrid y Bilbao. La violencia revolucionaria obligó a emplear al Ejército, con el resultado de 71 muertos, 156 heridos y 2000 detenidos. De esta forma el Ejército, y cualquier acción militar, se pusieron en el punto de mira de los revolucionarios.

Arrancaba así el conocido en España como «Trienio Bolchevique», que dominó los años de la campaña de Melilla (febrero de 1919-agosto de 1921), en el que los movimientos revolucionarios seguirán a pies juntillas las directrices de la III Internacional (marzo, 1919).

Sus estatutos, suscritos por el Partido Socialista Obrero Español y los anarcosindicalistas de la FAI y la CNT, llamaban a alcanzar el poder en todos los países mediante la «expansión revolucionaria, la agitación entre las masas del proletariado y soldados rasos, el alzamiento armado y la alianza con otras fuerzas de izquierda».

El resultado de la acción revolucionaria durante el «Trienio Bolchevique» resulta sobrecogedor. Como ejemplo, presentar algunos datos del año 1921, cuando se produce el derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla: en Barcelona fueron asesinados 327 patronos y 167 obreros por atentado; el cardenal Soldevilla, fue asesinado en Zaragoza, y el presidente Dato, en Madrid.

De esta situación de crisis político-social surgieron las principales debilidades estructurales, no solo de la Comandancia General de Melilla, sino de todo el Ejército del Protectorado, una vez que el Gobierno se doblegó ante las exigencias de los revolucionarios. Estas debilidades se manifestaron en la política adoptada para el desarrollo de las operaciones, la cual puede sintetizarse en tres preceptos mayores.

En primer lugar, se estableció un estricto control político de las operaciones, que se concretó en dos acciones fundamentales. Por un lado, se nombró un Alto Comisario Civil como representante de España en Marruecos,

dependiente del Ministerio de Estado (Asuntos Exteriores), pero sin atribuciones para el mando del ejército. La razón de esta decisión la explicó el propio ministro de la Guerra: se trataba de nombrar a una figura que diera la impresión de que España renunciaba a toda empresa guerrera en la zona, acordándose además que el ministro modificaría la organización militar para prescindir de un general en jefe, debido a la necesidad de tomar garantías que evitaran aventuras belicosas. Estas, a su vez, servían de pretexto para campañas políticas que hacían imposible la vida de los gobiernos. Por otro lado, se estableció una doble dependencia de los Comandantes Generales de Ceuta y Melilla, quienes debían responder directamente ante los ministerios de Estado y de Guerra: al primero, en asuntos relacionados con la política de cabilas; al segundo, en lo referente a operaciones militares. En la práctica, esto supuso un control político total y un verdadero galimatías de atribuciones, relaciones y dependencias.

En segundo lugar, se impuso una marcada limitación en el empleo de la fuerza militar. Esta política quedó resumida en una frase del general Gómez Jordana, Alto Comisario de España en Marruecos, contenida en un informe remitido al ministro de la Guerra en noviembre de 1918: «implantar el Protectorado sin disparar un tiro, ni derramar una gota de sangre».

En tercer lugar, se aplicó una rigurosa limitación de recursos. La política general de los gobiernos de la época puede sintetizarse en la frase que recoge García Figueras: «Para Marruecos, ni un hombre, ni una peseta». Esta orientación fue llevada al extremo por el conde de Romanones, presidente del Consejo de Ministros y ministro de Estado en 1919.

La limitación de recursos se refería no solo a los créditos, sino también a los medios y a los efectivos. En cuanto a los primeros, el Gobierno asignó a la intervención para el año 1920 la irrisoria cantidad de 130 millones de pesetas;

3,5 veces menos que lo dedicado por Francia (475 millones), teniendo en cuenta que gran parte del territorio acataba la autoridad del Majzen y que sus cabilas bereberes resultaban mucho menos belicosas que la rifeñas.

En lo que se refiere a los medios, gran parte del material y el armamento llevaba desplegado en Marruecos desde la campaña de 1909. Particularmente lastimoso resultaba el estado de las ametralladoras, la artillería y los escasos aeroplanos desplegados.

Como ejemplo citar que, en agosto de 1919, el general Silvestre tomó el mando de la Comandancia General de Ceuta para iniciar las operaciones. Y revistó los medios y las fuerzas disponibles (21.4589 efectivos teóricos, de los que 11.814 correspondían a unidades de combate), considerándolos totalmente insuficientes para acometer la misión.

Por ello, solicitó al ministerio de la Guerra «un refuerzo de tres batallones peninsulares (unos 2.400 efectivos) o, en su defecto, crear con urgencia batallones de voluntarios», además de «aeroplanos, material de telégrafos y reposición de cañones y ametralladoras».

Todas esas limitaciones políticas se pusieron claramente de manifiesto al general Berenguer, cuando, tras ser nombrado Alto Comisario Civil, se reunió con el Presidente del Consejo, quien le expresó los aspectos que debía contemplar, rigurosamente, en el diseño de la intervención.

El Alto Comisario definió su concepto para la Campaña, al que debían ceñirse los comandantes generales, y que el propio Berenguer definió como «sistema de progresión pacífica». En esencia se basaba en convencer a las cabilas (labor

de atracción política), establecer posiciones con misiones de policía y velar por la seguridad en el territorio ocupado.

Este sistema de posiciones, en el que el ejército ocupaba numerosos destacamentos aislados, rompía las unidades orgánicas de combate, para transformarlas en una multitud de posiciones y destacamentos dispersos por cotas y picachos, cuya misión consistía más en actuar como policía que como un ejército de operaciones.

Además, ante la necesidad de evitar las bajas europeas y no sobrepasar los límites de las fuerzas indígenas regulares, el Alto Comisario complementó todo el sistema con la creación de nuevas *harkas* irregulares. Unas unidades que, bajo mando de caídes adeptos a España y al Majzén, estaban constituidas por unos cien efectivos de indígenas de cada una de las cabilas ocupadas «de probada fidelidad».

Todo este complejo sistema, orquestado para pacificar una región habitada por belicosas cabilas bien armadas, fue ratificado por el vizconde de Eza, ministro de la Guerra (mayo 1920-agosto 1921), quien certificó su bondad en la memoria que redactó, como consecuencia de su visita al Protectorado, en julio de 1920.

Con todos estos condicionantes políticos a la acción militar, el general Silvestre, quien tras su paso por la Comandancia General de Ceuta había asumido el mando de la COMGEMEL, inició las operaciones de pacificación de la zona oriental. En febrero de 1920, el Alto Comisario le definió el primer objetivo a alcanzar: Tafersit.

En cuanto a las tropas a emplear en las exigentes operaciones que se aventuraban, la COMGEMEL debería acometer la campaña con las disponibles, unos 20.000 hombres. Un contingente que se había determinado en 1917, con el único incremento de cuatro *mías* de policía indígena (unos mil efectivos); una escuadrilla de aviación (cuatro aparatos); y el apoyo de un cañonero de la Armada.

Tras organizar las fuerzas de la COMGEMEL, en agosto arrancaban las operaciones. Durante el primer periodo apuntado (agosto 1920-enero 1921), después de que el coronel Morales, jefe de las tropas de policía indígena, realizase una importante labor de atracción política, Silvestre comenzó a operar con una fuerza de combate de unos 6.000 efectivos, organizada en tres columnas de operaciones, una de apoyo y otra de reserva. En general, las columnas de operaciones llevaban en vanguardia fuerzas de choque, compuestas principalmente por unidades indígenas. La primera columna, con 2.200 efectivos, desplegaba en su primer escalón una harka amiga de unos 100 hombres, dos *mías* de Policía con 250 efectivos y un escuadrón junto a tres compañías de Regulares que sumaban 500 hombres. En un segundo escalón, incluía seis compañías del Regimiento África con 600 efectivos. Contaba, además, con apoyos de combate consistentes en tres baterías de Artillería (360 hombres), dos compañías de ametralladoras (100 hombres) y dos compañías de Ingenieros (240 hombres), a lo que se añadían medios de apoyo logístico y sanitario con unos 150 efectivos.

La segunda columna, situada en la vanguardia del dispositivo general, alcanzaba los 2.050 efectivos. Su primer escalón lo formaban una harka amiga de 100 hombres, dos escuadrones y cinco compañías de Regulares que totalizaban 750 efectivos. El segundo escalón lo componían cinco compañías del Regimiento San Fernando con 500 hombres. Esta columna disponía de los

mismos apoyos de combate y logísticos que la primera, sumando alrededor de 750 efectivos entre artillería, ametralladoras, ingenieros y servicios.

Una tercera columna, de unos 700 efectivos, estaba integrada exclusivamente por cinco más de Policía. A continuación, seguía la columna de apoyo, con aproximadamente 1.150 hombres, formada por seis compañías del Regimiento Ceriñola (600 efectivos). Sus apoyos de combate incluían dos baterías de Artillería (240 hombres), dos compañías de ametralladoras (100 hombres) y una compañía de Ingenieros (120 hombres), además de elementos de apoyo logístico y sanitario que sumaban unos 100 efectivos. Por último, la columna de reserva estaba constituida por el Regimiento de Caballería Alcántara, con cinco escuadrones de sables que totalizaban 670 jinetes y un escuadrón de ametralladoras con 50 efectivos.

Tras la ocupación de Tafersit, se le ordenó pacificar Beni Said. Lo que consiguieron empleando estas mismas fuerzas, articuladas de una u otra forma. Las operaciones contaron con el apoyo de la escuadrilla de aviación de Zeluán, que evitó que contingentes de Beni Ulixech se sumaran a los Beni Said, y del cañonero Laya que amagó con un desembarco en la costa, fijando a contingentes rebeldes y alejándoles de la zona principal de operaciones.

Así, ante la excelencia de las operaciones conjuntas, demostrativas de una enorme potencia de combate, la cabila de Beni Ulixec solicitó la ocupación. En enero de 1921, Silvestre alcanzaba Annual en el límite de la cabila de Tensaman, a unos 100 km. de Melilla y a otros 20 de Beni Urriaguel, objetivo marcado por el Gobierno a las fuerzas de la COMGEMEL para la campaña.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Se habían pacificado más de 690 km², con el resultado de unos 8.000 guerreros sometidos, prácticamente sin bajas (57 entre muertos y heridos). Resaltar que la exquisita labor de atracción política, previa a las operaciones, desarrollada por el coronel Morales, evitó que numerosas fracciones se sumaran a los combates.

Hasta ese momento no se percibe ningún problema estructural de la COMGEMEL. Tampoco las limitaciones mayores apuntadas, ni las estrictas directrices del Alto Comisario, que se cumplieron al detalle, afectaron a las operaciones. Es necesario subrayar que Silvestre se enfrentó sucesivamente a las cabilas, sin que existiese una fuerza conjunta, ni un mando enemigo unificado.

Finalizadas las operaciones, el general redistribuyó sus fuerzas: unos 6.000 efectivos quedaron guarneciendo las 129 posiciones que, siguiendo las directrices del Alto Comisario se organizaron en el territorio; otros 6.000, quedaron integrados en columnas móviles en las cabeceras de circunscripción (Annual, BenTieb-DarDrius, Quebdani-Kandusi y Zoco el Telata); y otros 6.000

en retaguardia dedicados a tareas administrativas (Melilla) o gozando de los turnos de descanso en sus guarniciones de Nador, Zeluán y Monte Arruit.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Analicemos el segundo periodo mencionado, entre enero y junio de 1921. A partir de la ocupación de Annual se percibirán los primeros signos de mutación del escenario previsto por el Gobierno y el Alto Comisario. Tras alcanzar Annual, y ante los exitosos avances, las cabilas frontera con Annual solicitaron la ocupación.

Se trataba de cuatro de las cinco fracciones de la cabila de Tensaman: Rbaa el Fokani, Beni Taaban, Beni Ider y Beni Margani. La razón era la presión a la que estaban siendo sometidos por un harka rebelde que, procedente de Beni Urriaguel y liderada por los Abdelkrim, con unos 500 guerreros, se había adentrado en los territorios de Tensaman. Y, llamando a la rebeldía, ya había atraído a la insurrección a la fracción *tensamani* de Trugut.

Por ello, Silvestre solicitó al Gobierno créditos (4 millones de pesetas) para mejorar las comunicaciones viarias y la defensa de Annual; y tropas –creación de un Grupo de Regulares, un harka y dos compañías de policía indígena),

unos 2.300 efectivos, necesarios para estabilizar los territorios recién ocupados, asentando posiciones y destacamentos; así como para atender a las nuevas solicitudes de ocupación.

Nada se le concedió. Al contrario, coincidiendo con la ocupación de Annual, ante la facilidad de los avances, el Gobierno decidió licenciar a los soldados del tercer año de servicio en África, para satisfacer a la opinión pública. Para colmo de males, el gabinete había adoptado (septiembre de 1919) con el mismo propósito otra medida que, si a largo plazo resultó acertada, en ese momento fue catastrófica para la COMGEMEL: la creación del tercio de extranjeros

El Tercio, que se asentó en la zona de Ceuta, tuvo un tremendo impacto sobre las fuerzas de la zona oriental, cuando los soldados voluntarios que nutrían las unidades de Melilla se apuntaron a la flamante unidad, que ofrecía condiciones de reenganche mucho más ventajosas.

Con ambas decisiones, la COMGEMEL perdía unos 5.700 efectivos: 4.500 soldados veteranos de reemplazo y unos 1.200 soldados voluntarios, lo que suponía casi el 40% de sus fuerzas metropolitanas, y las de mayor calidad. Sin embargo, el territorio a administrar se había incrementado en más de un 40%. Silvestre había comenzado las operaciones disponiendo de 19.993 efectivos en plantilla, ahora cuando el territorio a pacificar se había extendido enormemente apenas contaba con 14.000. Así, la desproporción entre fuerzas y territorio a estabilizar, según el método diseñado por el Alto comisario, se mostró evidente.

El general Silvestre trató de paliar los efectos nocivos de ambas medidas. Tal y como lo declaró, el ayudante del Comandante General, teniente coronel Tulio López, en su declaración en el expediente Ayala. Fuese como fuese, la falta de créditos y de tropas llevó a la paralización de los avances. Y ante la debilidad

manifiesta de las fuerzas españolas, Abdelkrim, con su harka, comenzó a presionar a las cabilas. Según los informes de la Policía, en abril del líder rifeño había posicionado un harka de unos 400 efectivos el Yub el Kame, en las proximidades de Monte Abarran.

El monte, en territorio de los Rbaa el Fokani, dominaba la línea del frente y, ante la amenaza de la harka, la cabila, que se manifestaban amiga, solicitó su ocupación. En abril, Silvestre había recibido a los nuevos reclutas, en sustitución de los veteranos licenciados en enero. Tras un corto y deficiente periodo de instrucción, por lo urgente de la situación, y ante la amenaza que suponía para el despliegue español la intención rifeña, el 1 de junio de 1921, se ordenó ocupar la posición. Una hora después, una inmensa harka rifeña cayó sobre ella, y la harka amiga de Rbaa El Fokani, que acompañó a las tropas en la ocupación, defecionó sumándose a los asaltantes. El resultado fue de 24 muertos y 59 heridos, en su mayoría tropas indígenas.

Asoman aquí las primeras debilidades estructurales de la COMGEMEL: la falta de preparación de los oficiales de la policía y el empleo de harkas irregulares armadas. Respecto a la primera, los hechos demostraron que los informes de la policía no eran correctos, luego se supo que en abril el harka contaba ya con unos 3000 combatientes; y que, cuando, a finales del mes, se aprestó a posicionarse en Monte Abarran, ascendían ya a 4000.

¿Qué ocurrió para que el servicio de información cometiese tamaño error? Una de las principales razones para malinterpretar la información que se recibía era el desconocimiento del idioma. Los oficiales de policía destinados en Protectorado hablaban árabe. Sin embargo las gentes del Rif desconocían, en su gran mayoría, esta lengua, por emplear lenguas derivadas del bereber. Así, el desconocimiento del árabe por los informadores y del cheldja por los

oficiales, llevó a numerosos errores de interpretación. Un asunto que ya había denunciado el general Silvestre.

Significar que este aspecto, específico de la zona oriental, resultaba difícil de comprender por los ministerios de la Guerra y de Estado, que pensaba que en toda nuestra zona el árabe resultaba de uso general. Tampoco el Alto Comisario, asentado en Tetuán, en la parte arabizada de nuestro territorio de Protectorado, era verdaderamente consciente de la debilidad estructural que entrañaba el asunto. Precisamente, cuando se alcanzó la región más compleja de toda la zona del Protectorado.

Respecto a la segunda debilidad estructural, el empleo harkas irregulares armadas como tropas de ocupación, a pesar de que esta medida había sido impulsada por el Alto Comisario, Silvestre se percibió de los problemas que entrañaba. Y por ello, tras la ocupación de Annual, mucho antes del suceso de Abarrán, había tratado de paliarlos. Sin embargo, finalmente no pudo poner en marcha su intención, ante la falta manifiesta de tropas de la COMGEMEL.

No obstante, implementó algunas medidas para suavizar el inconveniente.

Entramos en el tercer periodo comentado (del 1 de junio al 22 de julio). A partir de la caída de la posición de Abarrán los acontecimientos se precipitaron. Tras Abarrán, Silvestre ponderó el despliegue a vanguardia, comenzando a concentrar la mayor parte de sus efectivos. Y solicitó realizar una operación de castigo contra la harka. Como se puede suponer, ante el impacto que supuso en la clase política la caída de la posición, la petición fue denegada.

Así, una vez más la obligada detención de las tropas de Melilla mostró la debilidad de las fuerzas del gobierno a los cabileños y concedió la iniciativa al líder rifeño, que comenzó una inmediata e intensa labor de propaganda, que dio sus frutos. El 2 de junio, atacó, con unos 11000 guerreros, Sidi Dris, en la

costa; el día 18 ocupó la Loma de los Árboles; y el 13 de julio realizó el primer ataque a la posición de Igueriben, centinela avanzado de Annual.

Ninguno de estos ataques tuvo respuesta por parte de España. Más al contrario, todas las solicitudes de Silvestre para castigar al harka fueron desatendidas. Una inacción que fue interpretada definitivamente como debilidad por las cabilas, que se sumaron en masa a la insurrección.

Cuando el 22 de julio la harka se plantó frente a Annual , ascendía ya a unos «18.000 guerreros de las cabilas de Beni Urriaguel, Bocoya, Tensaman, Beni Ulixec y Beni Tuzin». Fue entonces cuando, el general Silvestre, tras un último intento de socorrer a Igueriben, ordenó la evacuación de los 5.000 hombres que guarnecían de Annual, sobre la línea BenTieb-Dar Drius.

Es en este entonces cuando se manifestaron todos los problemas estructurales de la COMGEMEL, derivados de las decisiones políticas y el sistema de «progresión pacífica» diseñado, y llevado hasta el extremo por el Alto Comisario: escasez de tropas, numerosas posiciones aisladas dispersas por el territorio, fuerzas de policía reclutadas en las zonas en litigio, harkas amigas armadas entre las filas del ejército, y falta de instrucción y bisoñez de muchas de las tropas metropolitanas, pues el sistema había convertido al soldado en policía, si se encontraba en un destacamento, o en un mero observador del combate si formaba parte de una columna.

Tras el repliegue, la mayoría de las fuerzas de policía indígena y todas las harkas amigas se pasaron al enemigo, y el soldado español debió enfrentarse solo al combatiente rifeño. Además, el sistema de progresión pacífica hizo que gran parte de las unidades, ahora concentradas, no estuviesen habituadas a

combatir como unidades orgánicas, y aislados los destacamentos resultaron aniquilados.

Tras la muerte del General Silvestre se produce el colapso del frente y sobreviene esa "Marcha de la Muerte" en retirada que se convertiría en el desastre de Annual ¿qué errores tácticos considera más graves para una derrota de tal magnitud? ¿Fue más un problema de estrategia militar, de logística o de moral de las tropas?

El mal llamado desastre de Annual, mucho mejor denominarlo «derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla», en realidad tuvo tres fases perfectamente diferenciadas y en cada una se debe responder a la pregunta:

La primera fase, el Repliegue de Annual a Ben Tieb-Dar Drius ordenado por el Gral Silvestre. Pues bien, desde mi punto de vista, dada la situación de Annual el día 22 de julio, tanto la decisión táctica de Silvestre de replegarse, como las medidas adoptadas para desarrollar esta compleja operación resultaron acertadas.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Silvestre buscaba mejorar las condiciones de empleo de sus fuerzas, y abandonando la zona montañosa en la que se encontraba Annual, que además contaba con muy malas defensas, buscó una base como Ben Tieb, aunque tras la muerte de Silvestre las fuerzas replegadas finalizaron en Drar Drius.

En Annual, dominada por alturas y expuesta por todos los flancos al ataque enemigo, Silvestre únicamente disponía de municiones para un combate (cien cartuchos por individuo y algunas cargas de artillería). Además, la zona montañosa, como se había demostrado en las operaciones de socorro a Igueriben, beneficiaba al enemigo, mucho más móvil, y dificultaba el empleo de los medios de un ejército regular. Para más inri, las obras que se habían ido realizando para mejorar las condiciones de defensa, eran muy escasas por la falta de unos créditos que, solicitados en repetidas ocasiones, nunca concedió el Gobierno.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Pues bien, la tarde del 21 de julio, mientras Silvestre presenciaba el fracaso de la última operación de socorro sobre Igueriben, que implicó a cerca de 5.000 efectivos, apoyados por seis baterías, se cercioró de la potencia de combate de las fuerzas de Abdelkrim. Según los testigos la entidad alcanzaba los 18.000 hombres, un número que superaba con creces la proporción de 3 a 1, definida por Clausewitz, como necesaria para acometer con éxito un enfrentamiento defensivo.

Por todo ello, decidió replegarse a una posición más ventajosa: Ben-Tieb. Así, la misma tarde del 21 de julio ordenó al comandante Mulero, jefe del servicio de automóviles, descargar los camiones que se dirigían a Annual, trasportando pertrechos de boca y guerra, en Dar Drius; y al general Navarro retornar a Melilla, para organizar la retaguardia, ante la más que probable llegada de refuerzos desde Ceuta y la península.

La base de Ben Tieb, preparada para acoger miles de hombres, presentaba muchas mejores condiciones de defensa que Annual. Situada en el llano del Sepsa, con la aguada cercana, permitía el empleo de todos los medios de un ejército moderno (particularmente artillería y ametralladoras); disponía de muros de protección y, en caso de ser atacada, obligaba al enemigo a salir a campo abierto. En la reunión con los cuadros de mando, celebrada la noche del día 21 de julio, Silvestre expuso esa decisión, valorando los riesgos y posibilidades.

Y el general no estaba desacertado. Ben Tieb estaba enlazado, por una buena pista apta para el tránsito de vehículos, con Dar Drius (a 9 Km.), donde la tarde anterior se habían almacenado numerosos recursos. Todo ello facilitaba el abastecimiento de la posición en caso de combates.



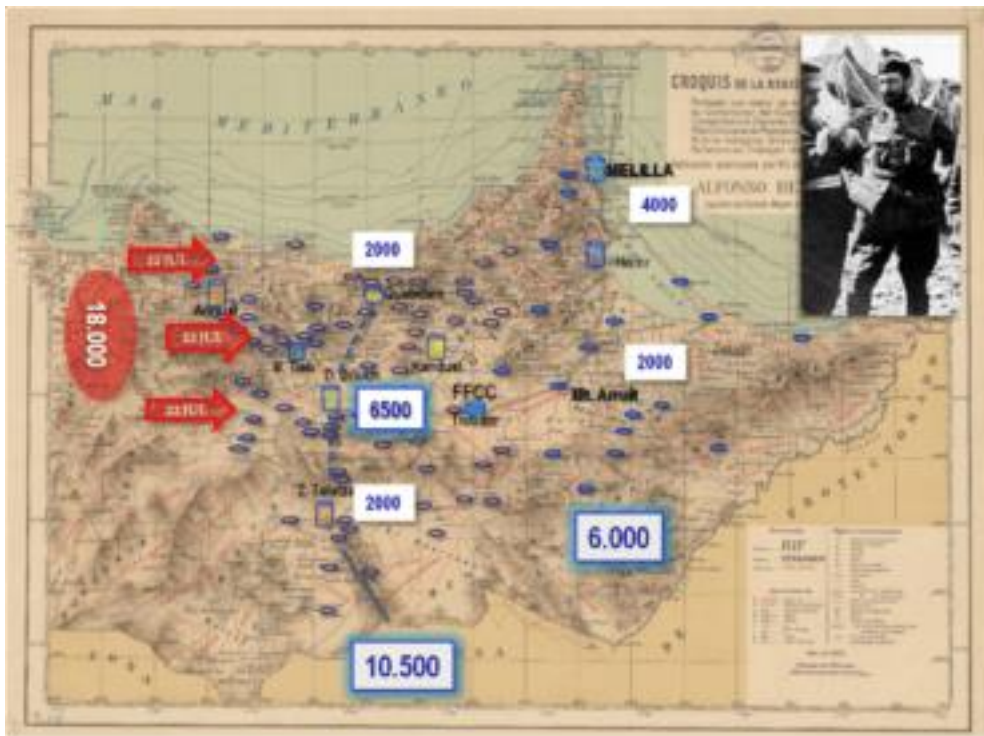
Fuente: Coronel Fernando Caballero

Además, Dar Drius se encontraba a algo más de 20 km., por una pista también apta para vehículos, de Tistutin, la última estación del ferrocarril de Melilla, lo que facilitaba extraordinariamente la llegada de tropas de refuerzo y apoyos logísticos. Teniendo en cuenta toda esta información, y la situación en Annual, la decisión táctica de Silvestre de replegarse sobre Ben Tieb, resultó un éxito, teniendo en cuenta lo que podía haber sucedido de no abandonarla.

También las medidas adoptadas por el General para realizar el repliegue resultaron exitosas, ya que se ordenó mantener el secreto de la operación hasta el último momento, lo que resulta preceptivo en este tipo de

Por otra parte, se estructuró el orden de marcha de las unidades, cuyo momento de salida ordenaría el capitán sabaté, como Jefe de EM del campamento de Annual.

Pues bien, finalmente, tras la muerte del general Silvestre (sobre las 12:00), la columna procedente de Annual sobrepasó Ben-Tien y, sobre las 17:00, alcanzó Dar Drius. El teniente coronel Pérez Ortiz se hizo cargo, como oficial más caracterizado, del mando de todas las fuerzas allí concentradas, consignando que la operación de repliegue se había saldado con 678 muertos y desaparecidos, lo que suponía el 12% de la fuerza que había partido de Annual. Este porcentaje resultaba muy por debajo del 50% que había previsto el Comandante General.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

La fase fase 2 es la Retirada de Dar Drius a Monte Arruit, ordenada por el general Navarro. A las 17:30 del 22 de julio, el general Navarro, tras conocer la muerte del general Silvestre, llegó a Dar Drius para hacerse cargo de las tropas de la COMGEMEL. Allí se encontró con una fuerza que superaba los 5.500

efectivos, al sumar las fuerzas de Annual y Ben Tieb, que también fue evacuada, a las que se encontraban en Drius. Además, la circunscripción contaba con numerosas posiciones, con un total aproximado de 1.000 efectivos más.

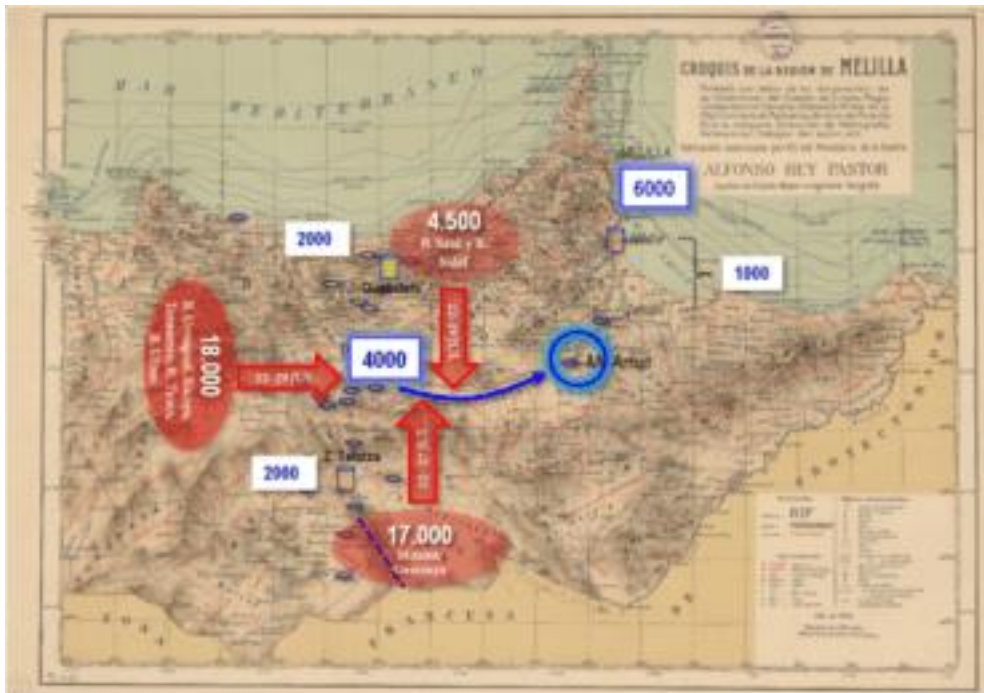
En los días anteriores, Silvestre había ido concentrando el grueso de sus tropas a vanguardia. En ese momento la COMGEMEL disponía de unos 15.500 hombres, casi 2/3 de ellos se encontraban desplegados en la línea de frente, que ahora quedaba constituida por las cabeceras circunscripciones de Dar Quebdani, Dra Drius y Zoco el Telata.

Las circunscripciones de Quebdani, al norte, y Zoco el Telata al sur, albergaba cada una unos 2000 efectivos, de los cuales alrededor de la mitad se encontraban en la cabecera de la circunscripción, constituyendo la columna móvil orgánica. Constituía este conjunto de cabeceras circunscripción y posiciones, un potente entramado defensivo, con numerosas piezas de artillería. El resto de la fuerza guarnecía los puestos y destacamentos, que aseguraban la tranquilidad en la zona de retaguardia.

Volviendo a la actitud de general Navarro en Dar Drius, su primera orden fue, enviar al grupo de Regulares a Melilla para ser desarmado, y a dos más de policía a sus respectivas bases en retaguardia. Se desprendía así de todas sus fuerzas de choque, alrededor de unos 1700 efectivos.

Luego, tras dudar durante todo el día 22 de julio si evacuar la posición o mantenerse en ella, como era la intención del Comandante General, Navarro, inopinadamente y contraviniendo las órdenes postreras de Silvestre, a las 12:00 del día 23 de julio inició una retirada de siete días y hacia Melilla. La marcha se realizó bajo un sol abrasador, trasportando numerosos heridos. La

columna destrozada se detuvo en Monte Arruit, tras recorrer más de 40 km. La fuerza reunida en Monte Arruit apenas alcanzaba los 3000 hombres.



Fuente: Cornel Fernando Caballero

Durante la marcha, la columna tuvo 1000 muertos o desaparecidos. Con la partida de Drius del grueso de las fuerzas de la línea de defensa, multitud de pequeñas posiciones quedaron abandonadas a su suerte, pereciendo en ellas más de 2000 hombres, muchos de ellos asesinados tras capitular. En total, la decisión de Navarro supuso unos 3000 muertos y desaparecidos.

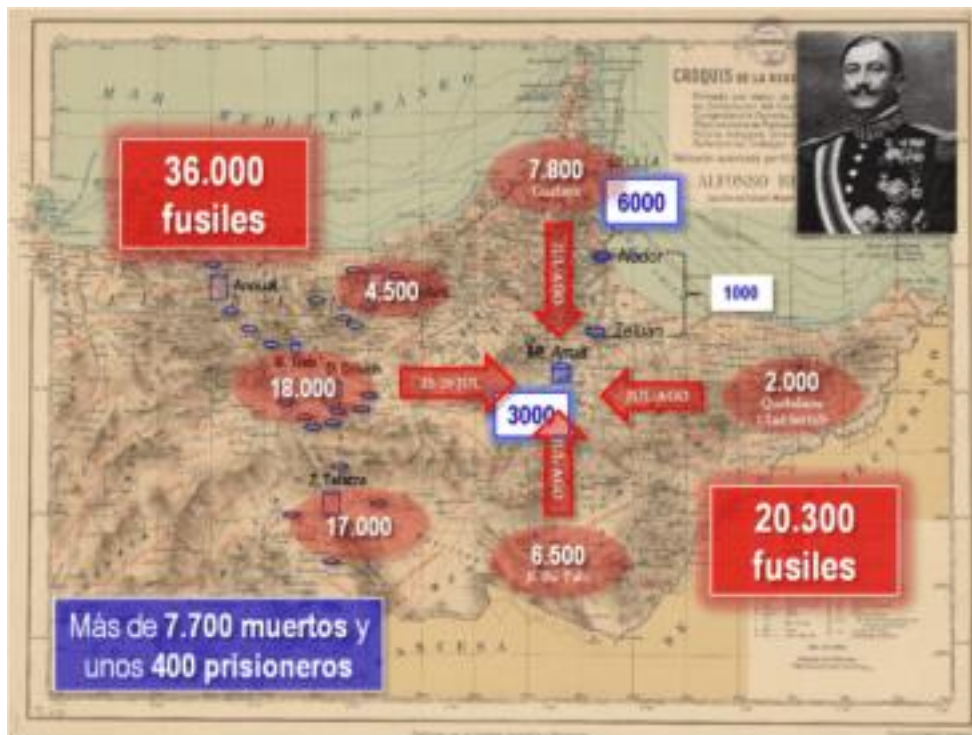
Sus decisiones, poco sopesadas, las tomó, según diferentes testimonios, por numerosos temores: temor a la defección de las fuerzas indígenas, temor al levantamiento de las cabilas de retaguardia (Beni Said y Beni Sidel), temor a quedar aislado por el corte de las comunicaciones con melilla, etc. Todo conjeturas, pues ninguno de esos temores estaba confirmado.

El efecto de la retirada resultó catastrófico a nivel estratégico y operacional, pues contravenía un principio básico en el Rif, que conocía perfectamente el general Silvestre, por habérselo comunicado en numerosas ocasiones su

amigo, el Caid Kadur Ammar, jefe del harca amiga de Beni Said: «cabila abandonada es cabila levantada». Por tanto, la decisión de Navarro suponía el levantamiento general de todo el territorio oriental.

El inicio de la marcha de la columna de Drius (tras la partida de regulares y policías unos 4.000 hombres), supuso el pistoletazo del levantamiento general. La acción dejó un tremendo hueco en la línea de frente, quedando aisladas las circunscripciones de Quebdani y Telata. Sobre la primera cayeron los Beni Said, sobre la segunda los Metalza, asesinando y raziando las posiciones. Además, al paso de la columna por los diferentes territorios se levantaron los Beni Sidel en el norte y los Guelaya en el sur, que ávidos de su parte de botín atacaron permanentemente los flacos del dispositivo de marcha.

Finalmente, la fuerza que se reunió en Monte Arruit fue de algo más de 3000 hombres. En ese momento el levantamiento ya era general. La noticia de la retirada de Drius corrió como la pólvora entre las cabilas y las de retaguardia se sumaron al levantamiento: la confederación Guelaya al norte, los Quebdana y Ulad Setub en el oeste del territorio y los Beni Bu Yahí en el Sur. Todos ellos participaron en el asedio al que se sometió a las últimas guarniciones, a las que había acogido numerosos rezagados: Monte Aruit (3000), Zelúan (750 efectivos) y Nador (1000).



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Finalmente, la fase 3, la Capitulación de Nador, Zelúan y Monte Arruit, por orden del general Berenguer. El 23 de julio, el Alto Comisario, general Dámaso Berenguer, conocedor de la muerte de Silvestre y de complejo de la situación se desplazó en barco a Melilla. Y dio orden a dos banderas del Tercio y dos tabores de regulares de Ceuta de partir también hacia la plaza. Además, el Gobierno, decidió atender las últimas peticiones del general Silvestre, la noche del día 22 de julio, y movilizó a numerosas fuerzas de Infantería, Caballería y Artillería.

El día 31 de julio se habían reunido en Melilla unos 24.000 hombres. El General Berenguer valoró la posibilidad de acudir en socorro de las posiciones asediadas, pero finalmente, ante la fortaleza teórica del enemigo y la falta de preparación y organización de las unidades recién llegadas decidió no acometer la operación y autorizó a las guarniciones a capitular.

El día 2 de agosto capituló Zelúan y los cabileños autorizaron el repliegue de la columna a Melilla. El día 3 lo hizo Zelúan, y tras dejar el armamento, la guarnición de 700 hombres resultó asesinada. El día 9, cuando la situación resultaba insostenible lo hizo el general Navarro en Monte Arruit, corriendo casi toda la guarnición la misma suerte que en Zelúan. El resultado de la decisión de Berenguer fue de 3.700 muertos. Lo que constituía el total derrumbe de la Comandancia General de Melilla, que finalmente había supuesto más de 7.700 muertos y algo más de 400 prisioneros, de las fuerzas metropolitanas.

La decisión de Berenguer, a pesar de estar apoyada por varios de los generales presentes en Melilla, ha sido ampliamente debatida por resultar demasiado prudente, que se puede entender también como miedo al fracaso personal.

Desde mi punto de vista, el solo avance decidido de una fuerza de potencia aparente, hubiera servido para aplacar los ánimos y disuadir a muchas de las cabilas-frontera con la plaza de su actitud. Hay que considerar que, en el Rif, cada territorio era propiedad de sus caídes.

Así, muchas de las cabilas, en un momento de gran excitación, participaron en el levantamiento por el solo interés de la rapiña. En las masacres, no intervinieron las cabilas del Rif central. Los contingentes rifeños comenzaron a aparecer en la zona de Melilla unos días después de la masacre de Monte Arruit, y cuando los ánimos estuvieron calmados; y lo hicieron para reunir a los numerosos prisioneros distribuidos por todo el territorio.

Así, eran realmente los harqueños de Abdelkrim, los beni Urriaguel, que se pueden cifrar en unos 6.000, los que atendían a la unidad de mando y quienes conocían las normas de combate que, exitosamente, habían empleado en los combates de la Loma de los Árboles (13 de junio de 1921), los ataques a

Igueriben (13-17 de julio) y, en última instancia, en la operación del día 21 de julio, a las mismas puertas de Annual.

El resto de cabilas constituían una masa de combatientes fácil de disolver en cuanto percibiera una intención decidida de actuar. Así se demostró a partir del día 17 de septiembre cuando Berenguer, disponiendo en Melilla de unos 40.000 hombres, organizó una fuerza de operaciones de 25.000 hombres, integrados en tres potentes columnas de operaciones: dos de Infantería al mando de los generales Federico Berenguer (7.500) y Sanjurjo (8.700), otra de Caballería bajo el mando del general Cabanellas (6.000); y una cuarta de reserva, al mando del general Tuero (3.300). El Alto Comisario, mantuvo en la plaza una División con ¡15.000 efectivos!, por si acaso. La fuerza hostil, sumando de los contingentes armados de las diferentes cabilas próximas a Melilla era de unos 30.000 guerreros, y que además habían puesto en servicio entre ocho y 10 piezas de artillería.

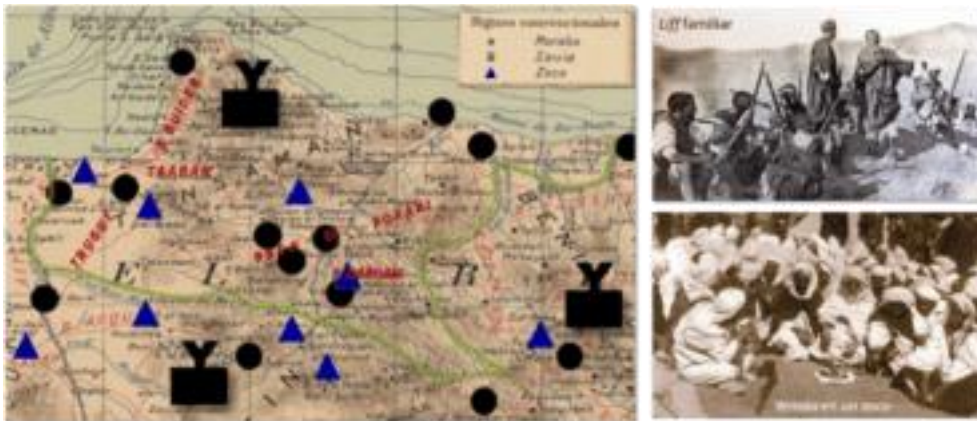
Pues bien, la fuerza, verdaderamente impresionante en su avance, desplegó numerosa artillería de apoyo, ejecutando movimientos de grandes masas de jinetes y apoyando los avances con los fuegos de la escuadra (cuatro buques) y de dos escuadrillas de aviación (20 aparatos).

El resultado fue que en cinco días se avanzó prácticamente sin oposición, alcanzando Tauima, a unos 20 Km de Melilla y a no más de 6 de Zelúan, una de las poblaciones que había resultado masacrada. Tras estos primeros avances se disolvieron numerosas concentraciones de harqueños que, en número de más 10.000, retornaron a sus casas, mientras que las fuerzas españolas apenas tuvieron bajas. Significar que la inmensa mayoría de estas fuerzas era metropolitana.

Desde su experiencia ¿qué diferenciaba al soldado español medio del guerrillero de Abdelkrim? ¿Estaba el desastre anunciado por alguna diferencia abismal en la motivación o el entrenamiento del combatiente?

Te sorprenderá, pero este constituye otro de los tópicos o de los mitos. Ha sido muy difundida la imagen del guerrillero rifeño, sin embargo, a lo largo de todos los años que llevo estudiando el asunto, referido a esta época (1919-1921,) me he encontrado poco de lo que entendemos como guerra de guerrillas: pequeños grupos, emboscadas, ataques aislados a puestos, etc.

El rifeño guerrillero no se encuentra en los años de Annual, cuando el conocido «paqueo» o la emboscada, muy habitual en la campaña de 1909, prácticamente no se manifiesta. En la campaña de 1919-1921, las fuerzas españolas se enfrentaron primero (agosto-diciembre de 1920) a importantes agrupamientos de fuerzas irregulares, harkas; y luego, a partir de junio de 1921, a un ejército cuasi regular, en ocasiones muy superior en número, mejor armado y municionado que el ejército español.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

En esos años, lo que tenía el Rif de guerra irregular era la forma de movilizarse, la *harka*. Y esto tiene mucho que ver con la motivación. Hay que entender que la base del agrupamiento social era la familia mononuclear, y que la idea de patria del rifeño no iba mucho más allá de los lindes de sus casas, esparcidas por el territorio, y separadas unas de otras más de 200 metros, como decían los rifeños «como las estrellas en el firmamento». Cada cabeza de familia

(*imahgaren*) era un hombre libre, dueño de su propio destino, y su casa se constituía en un fortín.

Tras la familia, aparecía el *leff*, o agrupamiento guerrero de familiares (*yasgo*) que se organizaban para cobrar deudas de sangre. Y finalmente la subfracción (*tarfik*), que constituía la máxima concepción de patria del rifeño. Ésta se caracterizaba por disponer al menos de un zoco (*suq*) y un morabito (del árabe *almoravid*), enterramiento de un santón local afamado, a quien la leyenda atribuía su relación con tal o cual hombre santo.

En la parte más alta de los agrupamientos sociales rifeños se encontraba la cabila (*taqbilt*), cuya institución distintiva era la cofradía (*zauia*). Servía como lugar de reunión de fieles, para venerar a algún descendiente del Profeta. Estaba guardado por un *imán* (*xej*) que hacía las veces de guardián no solo físico, sino también del legado espiritual del personaje venerado.

La *harka* la convocaban una reunión de los caídos más representativos de cada subfracción, la *yemaa*. Era esta una reunión de «notables», que se desarrollaba en el zoco de la cabila para convencer al resto de hombres libres de acudir a la llamada a la guerra por un asunto mayor. En ella participaban aquellos cabezas de familia reconocidos en cada subfracción como más destacados por su riqueza, posesiones, victorias en enfrentamientos familiares, dotes curativas, conocimientos del Corán...

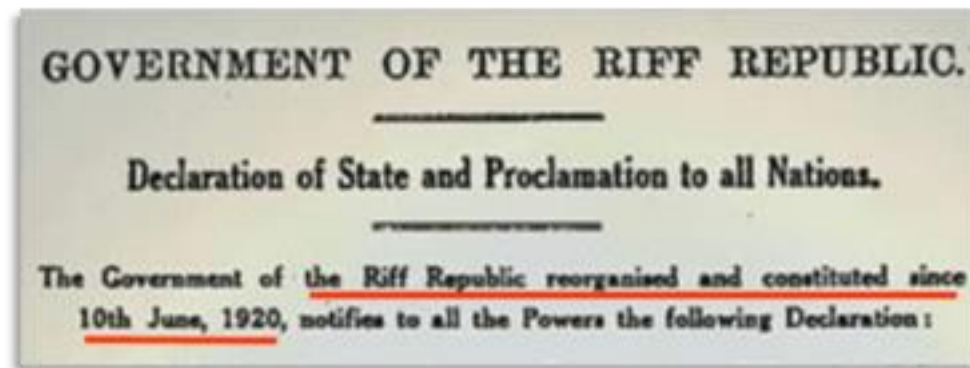
La *harka* era un agrupamiento temporal de guerreros aportados por cada subfracción. Para movilizarla los *imanes* de cada una de ellas llamaban a la *yihad*. Cada guerrero aportaba su propio fusil, su avituallamiento y munición, que generalmente transportaban en la capucha de su chilaba; y, en su caso, su caballo. Y la motivación para guerrear resultaba tan efímera como el tiempo

que permanecía cada rifeño ligado al harka, pues cada «hombre libre» era dueño de elegir la duración de su «contrato». Decir que este tiempo raramente se prolongaba más de dos o tres días.

Las razones para abandonar la harka eran de lo más variopintas y variadas: falta del pago prometido por los caídos, escasez del botín a la vista, haber consumido las vituallas o/y municiones, tener que acudir a la cosecha, o simplemente llevar tiempo fuera de su valorado hogar. Pero sobre todo, la falta de fe en la segura victoria anunciada por los imanes.

Al rifeño le gustaba ganar hasta a «las cánicas», y en cuanto existía un atisbo de fracaso abandonaban la «causa» con la misma euforia con la que se habían sumado a ella; y con toda naturalidad, y libertad, asumían como suya la «causa» del más fuerte. La victoria le proporcionaba ascenso y reconocimiento en la escala social, prestigio entre los suyos, y sobre todo poder, al habilitarle a acceder a la yemaa.

Y esta es la razón del permanente trasiego de lealtades: hoy con Abdelkrim, mañana con Silvestre; hoy harka levantada, mañana harka sometida y amiga. De esta forma, todos los que apuntan que los rifeños lucharon por una República Independiente, en un claro relato ideológico, simplifican el asunto y trastocan la realidad. A Abdelkrim le costó un esfuerzo sublime mantener a los rifeños unidos y en pie de guerra: castigos, multas, presiones, promesas de poder y riquezas... Pero sobre todo conseguir victorias, y el gobierno español se lo puso en bandeja.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

De todo ello podemos concluir las motivaciones principales de unos y otros para combatir. Si el soldado español combatía por obligación o por sentir patrio, el rifeño lo hacía fundamentalmente por la rapiña, es decir, por el botín, constituyendo este desde un diente de oro o un reloj hasta una cacerola o un fusil. Y en cuanto a los jefes, si los cuadros españoles combatían por patriotismo, sana ambición o destino forzoso; los caídas afectos a Abdelkrim lo hacían por la paga, por temor o por conseguir poder o posición, dentro del nuevo estado independiente que, bajo el liderazgo de Abdelkrim, constituyó la República «Democrática» del Rif.

En cuanto a la mención al ejército cuasi regular rifeño, frente a la teoría de la guerrilla, apuntar, aunque puede sorprender, que los Abdelkrim habían promulgado la República del Rif, y disponían ya de una pequeña *mehala*, que no harka, en junio de 1920, casi un año antes del derrumbe de la COMGEMEL. Así se pone de manifiesto en el comunicado que, en 1923, se remitía al mundo, oficializando la constitución del Estado Independiente rifeño, firmado por Mohamed Abdelkrim como presidente de la República.

¿Pero cómo y por qué llegaron los Abdelkrim a ese momento? Apuntar que los Abdelkrim era una familia realmente ambiciosa que aprovechó todas sus oportunidades. La idea les surgió sobre 1907, cuando el hijo mayor, Mohamed Abdelkrim, llegó a Melilla, recomendado por el Gobernador Militar de

Alhucemas. Mohamed era un hombre sagaz y culto, y sus puestos en la oficina Central de Asuntos Indígenas y redactor jefe de la Sección Árabe de *El Telegrama del Rif*, le permitían estar al corriente de los avances en el asunto marroquí.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

En esos años, dominaba las portadas de la prensa internacional el asunto de El Roghi («el Pretendiente»). Desde 1903, este enigmático personaje reclamaba el trono de Marruecos, haciéndose pasar por un hermanastro del Sultán (Muley Mohamed). En 1904, tras derrotar al ejército del Majzén, organizó un pseudoestado, estableciendo su «corte» en la alcazaba de Zeluán (a unos 20 Km de Melilla), con la aquiescencia de España.

Desde allí controlaba un extenso territorio, que abarcaba desde las cabilas próximas a Melilla hasta las del Rif central; donde cobraba impuestos, imponía multas y castigos, velaba por la tranquilidad de la zona y proporcionaba protección a las cabilas frente a sus vecinos.

Pero sobre todo ofrecía protección a las empresas mineras europeas, que establecidas en Uixán, desarrollaban trabajos de explotación de mineral, bajo

la amenaza permanente de extorsión de los jefecillos locales. Trabajo por lo que obtenía pingües beneficios. Pronto entendieron los ambiciosos Abdelkrim que para organizar un «estado» necesitaban créditos y un Ejército. No tanto para oponerse a los avances de la acción del Gobierno, si no para imponerse a las cabilas remisas a acatar su autoridad.

El padre de los Abdelkrim no era un *caid* con puesto en la *yemaa* de los Ait Jatab (subfracción de Beni Urriaguel), era un *faquí*. La expresión se traduce ampulosamente como jurisconsulto, dedicado a asuntos relacionados con el derecho de costumbre. Su traducción real es la de «picapleitos», dedicado a mediar en problemas menores. Por ello no podía organizar un *harka*.

Así, Abdelkrim, se tuvo que servir de España para satisfacer sus propios intereses, y con sus «negocios» dispuso de recursos crematísticos para organizar un ejército. Es decir, encontró una forma «anti natura» de ascender en la escala social rifeña. Por ello, inicialmente, no convenció a muchos notables.

Pero ¿cómo amasaron los Abdelkrim su fortuna? En 1912, Mohamed era ya un personaje muy conocido en Melilla, y en esos años previos a la Guerra Mundial, al igual que hiciese el Roghi, comenzó a contactar con agentes mineros alemanes representantes de potentes firmas, como el trust armamentístico Krupp o el consorcio Mannesmann. Los hermanos alemanes aparecieron en la plaza, dispuestos a adquirir todos los minerales de Marruecos, difundiendo que disponían para ello de un acuerdo con el Sultán.

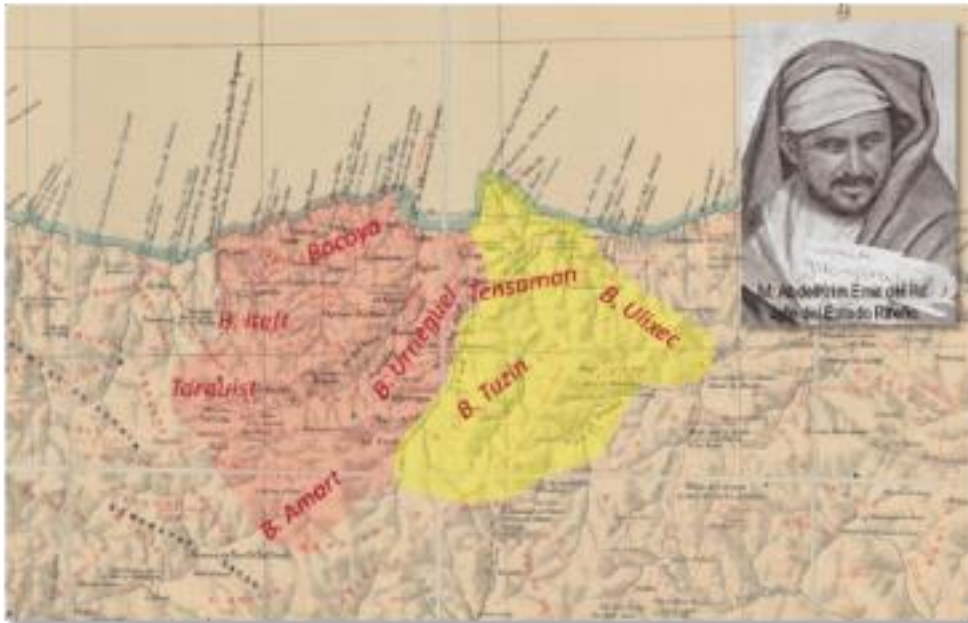
Dado los intereses comerciales mutuos, no resultó complicado que Mohamed pusiera en contacto a los empresarios con su padre, que, como líder del partido españolista, aseguraba su condición de representante de España y del Majzén en la zona de Alhucemas.

Comenzaron entonces los negocios de los Abdelkrim, relacionados con la venta de terrenos para la explotación minera. Unos negocios se prolongarían durante toda la guerra mundial, por la tendencia germanófila del clan, partidario de Alemania, pero sobre todo de Turquía, su aliada musulmana.

Y sus negocios adquirieron tal volumen, que, en 1917, el patriarca del clan, decidió enviar a su hijo menor Mojand, quien ya poseía el título de Magisterio de la Escuela Normal de Málaga, a estudiar la carrera de minas a Madrid. Pero los hechos sorprendieron a la familia. En noviembre de 1918 finalizó la Guerra Mundial y España declaró el reinicio de las operaciones. Los negocios y es a finales de ese año cuando Ben Abdelkrim ordena a sus hijos reunirse con él en Axdir.

Tras la guerra, el negocio se amplió, y los abyectos Abdelkrim, a pesar de su «veneración» por Alemania, perdedor del conflicto, no dudaron en expandirlo a otros clientes: firmas francesas, españolas, británicas, holandesas... Unas transacciones que años después se demostraron fraudulentas, por no existir los recursos que se aseguraban; e ilícitas por realizarse a espaldas del Sultán ¿Serían estas las verdaderas razones para oponerse a la acción de España?

En los primeros meses de 1920 el volumen de negocio de los Abdelkrim ascendía ya a varios millones de pesetas. La necesidad de organizar un ejército regular para defender su negocio, atraer a las cabilas y oponerse a los avances de Silvestre, nace en estas fechas, cuando la ambición económica se transformó en política. No se puede organizar un Estado sin tener un ejército.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Organizó primero una pequeña *mehala* de Infantería y Caballería (unos 500 hombres), similar a la organizase el Roghi, contrató mercenarios extranjeros, presionó a otros caídos, pagó voluntades y compró ambiciones. Una obsesión de la familia era, al igual que hizo el Roghi, incorporar algo de artillería, elemento verdaderamente distintivo respecto a las harkas organizadas por los caídos rifeños.

Lo que consiguió en mayo de 1920. Así lo atestigua una información que procedente de la Oficina de Asuntos Indígena de Alhucemas, se remitió a Melilla en mayo de 1921, cuando la oposición a España era ya bien conocida. Mientras que, en junio de 1920, ante su ejército embrionario, contando con el apoyo de algunos notables, los Abdelkrim impusieron la República del Rif, a las cabilas del Rif Central. Tras la muerte del Ben Abdelkrim, en septiembre de 1920, y ante la rapidez de los avances de Silvestre en Tafersit, Beni Ulixec y Beni Said, entre agosto y diciembre de 1920, los hermanos Abdelkrim sienten la necesidad de reforzar su mehala.

En agosto su propio padre moriría después de mandar un harka, durante la ocupación de Tafersit (agosto de 1920), y los hermanos Abdelkrim asumían el liderazgo de la incipiente república, presionando a las cabilas hacia el este: primero los Trugut de Tensaman, luego los Rbaa Fokani; después el resto de Tensaman, Beni Ulixec, Beni Tuzin... Sin detener sus transacciones mineras.

En verano de 1921, los hermanos Abdelkrim poseen el monopolio del negocio en todos los territorios del Rif Central (donde se identifican 271 concesiones relacionadas con los Abdelkrim, directa o indirectamente, con un volumen de negocio aproximado de 15 millones de pesetas.

Pero Abdelkrim seguía obsesionado con reforzar su Ejército, salvaguarda de su supervivencia como Emir del Rif. Abarrán le proporcionó la posibilidad de obtener Artillería. Cuando sus fuerzas asaltaron la posición tuvieron mucho cuidado con no dañar a los artilleros. Así, resulta cuanto menos curioso, que de toda la guarnición solo se salvase el teniente Flomesta, Jefe de la batería y cuatro artilleros, que fueron hechos prisioneros.

Qué Abdelkrim estaba organizando un ejército regular con militares mercenarios extranjeros no cabe ninguna duda: en Igueriben empleó con éxito una pieza de artillería, y en todos los combates que se suceden a partir de Abarrán, se muestra su forma de combatir a la Europea.

En 1923, el Directorio Militar heredó el plan de retirada a una línea defensiva limitada del gobierno de Sánchez Guerra. Sin embargo, Primo de Rivera le dio

un cariz más contundente, lo que algunos llamaron «semi-abandonismo». ¿En qué se diferenciaba, en la práctica, la política del Directorio de la de los gobiernos anteriores? ¿Y que supuso estratégicamente?

En realidad, Sánchez Guerra, que accedió a la presidencia en febrero de 1922, no tuvo ningún plan preconcebido, sino que sus decisiones respecto a Marruecos, fueron totalmente circunstanciales, y tomadas al albur de los acontecimientos, ante los efectos de las medidas adoptadas por el gobierno anterior, presidido por Maura. Y no debe extrañar, pues ello resultaba la norma en los gabinetes durante el reinado de Alfonso XIII, como denunció el propio monarca.

Pero pongamos en contexto los hechos. Tras Annual, el gobierno de concentración nacional de Maura decidió desarrollar una ofensiva en Marruecos para recuperar el territorio perdido que, ante la violencia desarrollada por los rifeños, contó con el apoyo mayoritario inicial de la opinión pública. Para ello se incrementaron los presupuestos -de los 191 millones de 1921, a los 520 para 1922-, se enviaron cuantiosos medios y se reforzaron las guarniciones de las comandancias generales, que multiplicaron por dos sus efectivos.

Pues bien, en septiembre de 1921, tres impresionantes columnas comenzaron las operaciones en la zona oriental, con una oposición a los avances muy inferior a lo esperado, como dice Moral, «alcanzando sucesivos éxitos de manera imparable». Sin embargo, a principios de diciembre comenzaron a sentirse las primeras muestras de hartazgo de la población.

En enero de 1922 se ocupó Dar Drius, a 20 km. de la línea alcanzada por Silvestre en enero del 1921. Entonces, el debate en la opinión pública se incorporó al Gobierno, que comenzó a mostrar fisuras, por discrepancias entre

los ministerios de Estado y Guerra sobre la marcha de las operaciones. Como consecuencia, Maura convocó la conferencia de Pizarra, al objeto de afrontar una solución acordada, definitiva y firme para solucionar el asunto de Marruecos.

La idea de Maura era realizar una ocupación total, de forma progresiva y continua. Dicho plan incluía, la ocupación de la bahía de Alhucemas. Sin embargo, el ministro de Estado Manuel González Hontoria, era partidario de dar por finalizadas las operaciones, repatriar a los expedicionarios y negociar con Abdelkrim; el de Guerra, De la Cierva, apoyaba la decisión de Maura; mientras que el responsable de la cartera de Hacienda, el regionalista catalán Francesc Cambó, mantenía importantes reservas a la ocupación de Alhucemas.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

La conferencia se inició el 4 de febrero, y asistieron las autoridades nacionales concernidas por el asunto: el presidente del Gobierno, Antonio Maura; los ministros de Estado (asuntos exteriores), Manuel González Hontoria; de Marina, marqués de Cortina, y el de Guerra, Juan de la Cierva; el alto comisario de España en Marruecos, Dámaso Berenguer Fusté. Y además se invitó a otras personalidades militares cuyo juicio podría ser interesante: el general Aizpuru, jefe del Alto Estado Mayor Central, y el general Agar, su

segundo jefe; el general Ardanaz, subsecretario de Guerra; y los almirantes Aznar, jefe de la escuadra del Mediterráneo, y Buhigas, jefe de Estado Mayor de la Armada.

La conferencia, que finalizó el día 6 de febrero, fue seguida detalladamente por la prensa. No todos estuvieron de acuerdo en las decisiones adoptadas, y los ministros de Estado y de Marina presentaron su dimisión. La decisión de desembarcar en Alhucemas acabó por impactar en la opinión pública. Todo ello llevó a la crisis del gobierno de Maura, que el día 7 de febrero fue sucedido por Sánchez Guerra.

Las decisiones del nuevo Presidente fueron muy simples: paralizar las operaciones fijando el territorio a ocupar en las líneas alcanzadas en ambas zonas, negociar con Abdelkrim y repatriar efectivos, que en la zona oriental supuso 20.000 hombres. El nuevo Gobierno salvó nuevamente al Sistema de la Restauración ya herido de muerte, sin embargo, no hizo más que alargar su agonía. La opinión pública quedó satisfecha, de momento, y el problema marroquí, enquistado como siempre.

Por el contrario, la política de Primo de Ribera no fue en absoluto circunstancial, estaba meditada desde hace tiempo y perseguía objetivos de altos vuelos. En la práctica, la limitación de la acción en Marruecos a una zona específica no era una idea innovadora de Sánchez Guerra, sino que había sido esgrimida en diferentes épocas por muchos ideólogos y políticos en cuanto las cosas venían mal dadas. Primo de Rivera no la heredó sino que la puso en práctica de forma decidida.

La política marroquí en los momentos iniciales de la Dictadura (1923-1924) hay que entenderla en el contexto general de la política nacional del momento y

lo que implicó el «golpe de Gobierno» de septiembre de 1923. En esos momentos, para Primo de Rivera la política marroquí era totalmente secundaria, pues lo verdaderamente importante era realizar la transición pacífica al nuevo orden autoritario. Él como, no consideraba preparados para liderar el cambio que España necesitaba, en todos los órdenes, ni a los partidos políticos tradicionales ni a los revolucionarios de nuevo cuño.

Él era un convencido de que la política «semi abandonista» evitaría sacrificios a la nación, en especial a las clases populares: en 1923 las diferentes campañas en Marruecos habían elevado la cifra de muertos en operaciones hasta los 16.086, un tremendo tributo pagado con la sangre de las clases populares.

Las declaraciones del general ya le habían costado el cargo de Gobernador Militar de Cádiz, como consecuencia del discurso al que hemos hecho referencia, y que fue considerado por el Sistema de la Restauración como un apoyo a los grupos antisistema que, en la práctica defendían la misma idea del abandono de Marruecos. Bien es cierto que, si el primero lo hacía convencido del sufrimiento de los más pobres, los segundos buscaban un medio para derrocar al Sistema.

Su valiente discurso, en marzo de 1917, no digo si acertado o no, en un momento crítico para el Sistema de Restauración (recordar lo apuntado sobre el año 1917 y los tres años posteriores), le ganó la antipatía de los políticos; y costó el cargo. Su lectura muestra a las claras la personalidad directa y sin tapujos de Primo de Rivera; además del compromiso con sus convicciones.

La diferencia con el gobierno de Sánchez sobre cómo acometer el problema marroquí no fue tanto el qué, sino el cómo y el porqué. Así Primo Rivera oficializó lo que otros gobiernos hacían a hurtadillas. Yo creo que con su política africana él buscaba dos objetivos inmediatos. El primero, de orden

superior y prioritario, afectaba a la situación política española: reforzar la cohesión nacional y salvar a la propia monarquía.

La llegada del directorio militar contó con el entusiasmo de la mayoría del país. Ahora se trataba de convencer a los más desconfiados y radicales: a los socialistas. Ya se sabe que parte del socialismo colaboró con la dictadura, lo que dio como resultado su división. De esta forma, la declarada política «semiabandonista» constituía un guiño a este sector, luego habría que pasar de las palabras a los hechos.

El segundo, objetivo tenía un carácter menor y secundario, y afectaba al orden internacional: evitar las presiones británicas y el desprestigio internacional, que suponían el total abandono de la labor en Marruecos.

Pues bien, la principal diferencia es que Primo de Ribera adoptó medidas valientes respecto a Marruecos, fuesen o no erróneas. Y, conociendo a los militares, sacrificó al ejército en beneficio del pueblo y de la monarquía. Muchos políticos de la Restauración se apuntaron a una política abandonista implícita; Primo de Ribera, tras derrocar el Sistema, fue el primero que lo hizo de forma explícita. Primero con las palabras, luego con los hechos.

El repliegue de Xauen era una operación militar de alto riesgo, considerada crítica cuando se hace bajo la presión de un enemigo numeroso y envalentonado, lo que conoce cualquier militar. Sin embargo, el presidente del directorio estaba convencido de que sería útil para alcanzar su objetivo supremo y que por supuesto no levantaría las críticas internacionales.

Estoy convencido de que, al menos inicialmente, Primo de Ribera no pretendía alcanzar ningún objetivo estratégico, a pesar de que el general Gómez Jordana, miembro del directorio, se jactaba en sus memorias de que todo lo que

sucedió tras el celeberrimo repliegue estaba meticulosamente pensado y calculado. Y debo reconocer que esa fue mi primera impresión. Luego, tras el análisis de la personalidad de Primo de Ribera y su concepción de la política nacional, opté por lo aquí expuesto.

¿O se puede calcular que, tras el repliegue, Abdelkrim derrotaría al Raisuni? ¿O que después Abdelkrim atacaría la zona francesa? ¿O que, como consecuencia de ello, Lyautey, enemigo acérrimo de la colaboración con España, sería sustituido por Petain, simpatizante de Primo de Ribera y del ejército español? ¿Y que se llegaría a una colaboración franco-española para acabar con el problema marroquí? Sinceramente pienso que todo ello estaba muy lejos de poderse calcular durante los primeros meses de la Dictadura.